

¡QUÉ NOCHE!



Todos en algún instante de nuestra peregrinación en esta tierra hemos experimentado pasar una mala noche. Al amanecer, contamos lo duro que ha sido.

Algunos por algún dolor, otros por alguna tribulación, o por alguna catástrofe; en fin, sobran los motivos para pasar una noche dura. Esto es usual con las madres que tienen sus bebés, amanecemos sin pegar un ojo, y también amanecemos con tremendas ojeras que nos delatan.

Sin embargo, hay noches que adrede nos satisface desvelarnos, porque estamos en reunión con amistades que no nos veíamos desde hace mucho tiempo y que nos son muy agradables.

El salmista nos declara, en determinado momento, que la noche la hizo Dios, a la cual llamo tinieblas. Moisés lo escribe, pero Dios lo manifiesta. *«Tuyo es el día, tuya también es la noche; Tú estableciste la luna y el sol»*. (Salmos 74:16).

Desde que la iglesia nació en el día de Pentecostés, los siervos de Dios han pasado duras noches, por no decir que desde Éxodo hasta Malaquías se nos manifiesta de muchas noches duras.

Cristo pasó unas noches duras, se enfrentaba al propósito de venir a la tierra. En su debilidad humana, experimentó el desafío de una dura noche. Habían pasado muchas, pero la última era decisiva, porque tenía un día de la semana que le sería muy duro, ese día fue el viernes. Esa noche sus discípulos tuvieron la última cena con él, y un hermoso cántico. *«Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos»*. (Mateo 26:30). Era una noche como para quedarse mudo, para Jesús era una noche fuera de serie, tan dura que el miedo se apoderó de ÉL por eso quería estar con sus amigos, sin embargo, el dolor de su corazón no lo entendían. *«Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera»*. (Mateo 26:37).

No me dejen solo en este momento, en esta noche. Un día nos sucedió que estábamos almorzando, y mi esposo súbitamente se levantó de la mesa, apenas había dado un bocado, sorprendidas mi hija y yo, nos levantamos y preguntamos ¿qué te pasa?, él nos dijo NO ME DEJEN SÓLO. No entendíamos qué le sucedía hasta que le llevamos al médico, quien diagnosticó que había tenido un ataque de pánico. Cuenta mi esposo que eso es terrible y que no se lo desea a nadie. El médico cardiólogo le explicó que eso les sucede a jóvenes, adultos en edad fuerte, como a ancianos.

Qué sentía Jesús en esos momentos de esa noche, verdaderamente, ÉL no quería estar sólo, sentía angustia, sentía tristeza, impotencia. Los discípulos no entendiendo nada, no aguantaron acompañarle, ni en la primera oración, ni en la segunda, ni en la tercera. «Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras». (Mateo 26:44).

Uno de los discípulos no había dormido porque sus planes estaban preparados para esa noche. «Mientras todavía hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo». (Mateo 26:47). Qué noche la de Judas, tramando el mal, así como muchos no duermen por estar tramando a quien van a dañar. «Maquina el impío contra el justo, Y cruje contra él sus dientes; El Señor se reirá de él Porque ve que viene su día». (Salmos 37:12,13). **OREMOS PARA NO VIVIR LA SOLEDAD, NI MUCHO MENOS SER TENTADOS A MAQUINAR EL MAL.**

Adicional: si usted desea adquirir el libro escrito por Silvia Castellanos puede hacerlo aquí <http://amzn.to/2sijMOi>



Silvia de Castellanos
Iglesia de Cristo - El Salvador, Centro América
silviacaste@gmail.com
www.cultivandoelalma.com